

EL SUSURRO DEL POLVO

Florencia Davidzon

Sample

1. FUEGO

El rabí Abraham me descubrió de pronto con mi oreja pegada detrás de su puerta. Quiso saber si estaba bien. Mi cara me delataba, seguía en shock. No quise comentarle del incendio, aunque sabía yo olía a quemado, él debió percibirlo. No le mencioné nada del edificio en llamas de Dianita, que ahora se hacía llamar solo Ita; ni del polvo, ni de esa madre e hija que quedaron atrapadas en el segundo piso. No podían escapar del fuego, pero seguían peleando. Se gritaban desde sus ventanas mientras ambas luchaban por unas bocanadas de aire puro sobre la superficie del humo blanco que nos invadía. No le conté de los bomberos, ni de los perros, ni de la destreza de las ratas que con mejor velocidad que cualquier humano corrían, sin pensar tanto, movidas solo por el instinto, ese que a más de uno nos vendría bien aprender. Especialmente a mí, y en particular ahora.

No le confesé mi inmovilidad, mi parálisis frente a esas brasas negras. Ni cómo atravesé la cornisa de una sucia banquina y esquivé el fuego. Tampoco cómo quedé hipnotizada por las cortinas en llamas que hambrientas devoraban, sin discriminar, dejando todo en carne viva, la ruina y el vacío. No le hablé de las sirenas estridentes de la policía ni la de los bomberos. No le mencioné los llantos de los niños, ni la suerte de un oso de peluche que sin cabeza quedó huérfano en el asfalto tras la huida de su pequeño dueño, dueña o dueña... No le dije que tuve miedo, que no quise bajar al subsuelo de lo que debía haber sido el departamento de mi amiga. Al rabí, mi vecino, sólo le mostré su

guitarra. Un instrumento sin cuerdas que recuperé y traía colgado como reliquia en la espalda. Una guitarra española con un lazo tejido de colores en diseño mixteco. Estaba segura que le había pertenecido a ella, por la belleza de ese lazo y por las calcomanías de símbolos activistas, muy de Dianita, de Ita, me dije. Tampoco le relaté cómo la recuperé, cuando se la arrebaté al bombero y le grité con autoridad en mi idioma, en un español de acento chilango, "joven eso es mío". Ni cómo él me la entregó sin dudar.

El rabí me preguntó, — "¿Valentina, sabes tocar?" Le admití que poco, que nada. Igual intenté hacerme la que sabía. Puse mis dedos en el mango, que cargaba una nueva mancha negra porque había sido rozado por el fuego. Apoyé mis dedos buscando formar un arpeggio, pero no pude. Recordé que no conocía ninguno, mientras mis dedos quedaban impregnados de polvo negro.

¿Era la presencia de su guitarra una sentencia, una evidencia de que Diana estaba m...no viva? No, me dije. No había heredado nada. Ella estaba desaparecida. Y todo indicaba, además, que ella no había pasado en ese edificio sus últimas cinco noches. No hubiera sobrevivido al incendio. Podía estar viva, debía estar respirando en algún sitio.

Me pregunto si debía haber dejado que su guitarra se vaya con el bombero. No lo sé. Mi dolor no se apacigua al saber que ella haya estado tan cerca de mí respirando todo este tiempo a pocas cuadras más en Brooklyn. Además, me enoja. Ella lo sabía y no intentó conectarse conmigo. Me siento herida. Pero su madre la reclama desde Oaxaca. Puede estar en peligro. Qué importa lo que yo siento, hay que encontrarla. Pero ya no sé dónde más buscar.

Ven Dianita. Ita, regresa, ven por tu guitarra.

2. VISIÓN UNO

Todas las formas de esta habitación se desvanecen, pierden los bordes, los límites. Lo que hasta pocos segundos podía percibir ahora me resulta brumoso. Mis vecinos se alejan, pero no desaparecen. Quedan en suspenso a los lados de mi visión.

Frente a mí, lo amorfo y algunas partículas que flotan. Me aferro a ellas, las sigo. Entro en la inmensidad de la ausencia. Y de pronto el vacío empieza a despertar de su letargo.

No temo. Formas nuevas, desdibujadas, empiezan a aparecer y a ocupar el espacio. Su presencia se vuelve cada vez más definida. No me muevo. Sigo erguida. Quieta. Sentada sobre el cojín de la silla que tomé prestada. Sé que los religiosos siguen aquí, a mi lado. Los siento, aunque ellos ya no se inmutan. Respiran pausados. Y me dejo abrazar por la calma, — "Debe ser así", me digo.

Las paredes, el suelo, y todos objetos del ambiente del departamento del rabí, han perdido su materialidad, pero el recuadro de la ventana sigue allí junto al mar. Descanso mi mirada en lo único reconocible, el agua que sigue revuelta. Luego, despegando mi visión del mar, la poso en el marco de la ventana. Ahora tienen cortinas de un género grueso dividido en dos telones de un tono blanco crema. Están atados en forma acampanada a los lados con unas sogas gruesas de color rosadas.

Hay un movimiento. Una mano de mujer está tomada de un trozo de cortina. Oculta su rostro entre los pliegues. Lleva el cabello castaño con un peinado recogido muy compacto y redondo. Lo mantiene atado entre dos peinetas. Es gracioso, pienso, no es un rodete es otra cosa. Esta mujer se inventó un turbante con su pelo y parece sostener un

pastel perfecto arriba de su cabeza. Lleva un camisón de algodón casi transparente, deshilachado que llega debajo de las rodillas. Es blanco, virado al rosado, con pequeños bordados de un diseño que me parece mexicano en la misma paleta de colores. No puedo mirarle el rostro, pero sus manos desnudas, delgadas y pálidas, enseñan una piel tersa sin alhajas, y me hacen creer que son de una mujer bastante joven, tal vez de mí misma edad.

Por fin la vorágine del viento se calma y puedo escuchar con nitidez a esa mujer que solloza. Siento incomodidad. Me he metido en su recámara sin querer, pienso. Hago un sonido con mi garganta, carraspeo, como queriendo avisarle que estoy aquí sentada en su espacio sin invitación, sin tocar su puerta. Pero ella no me escucha, no se entera de nada. Lloro.

De pronto busco recobrar su compostura y borra las lágrimas de lo que debe ser su rostro dando una brazada tosca con su puño y manga del camisón. En eso instante, por debajo de las cobijas, de una cama junto a mí, una cama antigua con cabecero de barras de acero, un bulto de alguien dormido, un humano creo, se mueve y se desparrama hacia el lado libre. El bulto se detiene brusco, y parece cobrar la conciencia de que algo está mal al no encontrar el cuerpo de nadie junto a él. Deja asomar primero su pie desnudo, y luego el otro cubierto de un calcetín. Pienso que es un hombre. Todavía dormido, preso de una voz gruesa y ronca que revela resaca mientras llama a la mujer de la cortina,

— "Elena".

Corroboro que mi mundo sigue ahí difuminado a los lados, pero le abrió espacio totalmente a esta nueva realidad frente a una mañana fría. Todo se ha acomodado y completado en esta recámara que ahora tienen todos los objetos bien definidos en mi

campo de visión: un lavabo pequeño en forma de esquinero, una jarra de cerámica con agua sobre un traste, un espejo biselado, mantelitos tejidos en la mesa de luz, una cómoda de madera lustrada con cajones abotonados...